

El fútbol no es cosa de escritores

El pasado viernes se inauguró la Eurocopa con un partido entre Francia y Rumanía. Yo estaba cenando por ahí con mi catedrática favorita y nuestra amiga Genoveva Crespo. Tampoco vi la final de la Copa del Rey (me apetecía ver levantar otro título al Barcelona como subir al Moncayo a la pata coja) ni la de la Europa League, pues sabía que el Sevilla le iba a ganar al Liverpool y no quería sacar cuentas y ver cómo iban distanciándose de nosotros en número de títulos, cuando hasta hace solo unos pocos años el Zaragoza miraba al Sevilla desde arriba. Desde luego no vi la final de la Champions y a la misma hora estaba cenando con mi amigo José María Serrano en un conocido restaurante de la

ciudad, escenificando con ello que a nosotros los equipos de Madrid nos importan una higa. Cuando estábamos en Primera, ay, y venían a jugar a La Romareda el Madrid o el Barcelona, yo quería que la noche de antes Ronaldo, Messi, Iniesta y compañía hubieran cogido una gastroenteritis de caballo, para que no pudieran viajar con sus equipos. Pensaba que sin ellos sería más fácil ganarles. No quería ver pues a las estrellas, no quería ver buen fútbol, solo que mi equipo ganase. En eso se resume mi relación con el fútbol: en que gana el Zaragoza. Es lo único que me interesa y todo lo demás me trae sin cuidado. No me gusta pues el



J. M. Serrano.

fútbol. Solo me importa la suerte de mi equipo. De ahí que fuera especialmente dolorosa para los zaragocistas de mi porte y condición la estafa del otro día en Palamós. Una estafa de tal calibre, que ríanse ustedes de las grandes películas sobre estafadores, desde 'El golpe' a 'Nueve reinas'. Pagar a unos jugadores profesionales para que ofrezcan la imagen que dieron en Palamós frente a un equipo descendido a 2ª B es como contratar a Chiquito de la Calzada para dirigir el Museo Reina Sofía o como que la NASA me fichara a mí para diseñar la carrera espacial. Yo, si les pagara, ni olvidaría ni perdonaría. Y sin pagarles, tampoco.